

BREVE VISIÓN DE LA SEMANA SANTA A TRAVÉS DE LA HISTORIA

La Semana Santa, mensaje anual de la Redención, en la que casi todas las ciudades y pueblos de España, por medio de sus imágenes conmemoran la Pasión, la Muerte y la Resurrección de Cristo, no es solamente un acontecimiento triste. Es, sobre todas las cosas, la más profunda manifestación de las creencias religiosas, expresión del pueblo que confía plenamente en la liturgia procesional.

Remontándonos en la historia., los cristianos, desde la época de los apóstoles, dedicaron el primer día de la semana de un modo especial al culto divino, por lo cual se denominó *dies dominica* o día del Señor. Como fiestas anuales, desde época muy temprana, se fijaron la Pascua y Pentecostés, ambas a imitación de los judíos. La Pascua era la conmemoración del hecho fundamental de la Redención, la muerte y resurrección de Cristo. En Pentecostés se recordaba la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. La tercera gran fiesta cristiana fue la Epifanía o manifestación del Señor a los gentiles.

Con respecto a la Pascua, su celebración se generalizó en todas las iglesias de oriente y occidente, aunque habrá diversidad en la designación del día. En occidente, la Pascua se celebraba el domingo siguiente al 14 de Nisán, que era la luna llena después del equinoccio de la primavera. Según este sistema, el viernes anterior se conmemoraba la muerte de Cristo. En oriente, en cambio, la Pascua se celebraba el mismo día 14 de Nisán. Hubo, por tanto, cierta confusión, ya que algunos años la diferencia entre los dos sistemas podía ser de varias semanas. Finalmente, en el Concilio de Nicea (siglo IV) se adoptó el sistema de occidente.

Durante los primeros siglos, el cristianismo fue una religión perseguida en el imperio romano por lo que las celebraciones litúrgicas tenían lugar en locales o casas privadas, aunque desde el siglo III comienzan a aparecer verdaderas capillas o iglesias dedicadas al culto, que podían ser destruidas en las persecuciones. En el siglo IV el panorama para los cristianos cambia totalmente. El emperador Constantino, mediante el Edicto de Milán (313) autoriza la libertad de culto. Poco años después, el emperador Teodosio establece el cristianismo como religión oficial del imperio romano. El cristianismo, perseguido hasta el siglo IV, consigue la libertad de cultos a partir del Edicto de Milán, promulgado por el Emperador Constantino en el año 313. Una de las consecuencias de esa libertad fue la mayor abundancia y solemnidad de las fiestas dedicadas al Señor, agrupadas en torno a los ciclos de Navidad y de Pascua. La Semana Santa o Semana Grande quedó establecida entre el Domingo de Ramos y el Domingo de Pascua. En ella se conmemora la Pasión de Cristo y la gran fiesta de la Resurrección.

En relación con la libertad de cultos conseguida por los cristianos debemos situar la celebración de las primeras procesiones, especialmente en los lugares santos, donde Jesucristo sufrió la Pasión. Entre los primeros testimonios que tenemos, destaca el relato de la peregrinación que una monja española, Eteria, realizó a Tierra Santa. En su relato, Eteria describe los actos litúrgicos que en Jerusalén se realizaban cada uno de los días de la Semana Santa, desde la procesión de los ramos hasta las fiestas de Pascua. Las lecturas, las oraciones, la entonación de himnos y la adoración de la Cruz son elementos imprescindibles en estas primeras celebraciones de la Semana Santa.

Durante Edad Media la religión ocupa un lugar esencial en la vida del hombre.. El asociacionismo propio de este periodo impulsa la aparición de las corporaciones o gremios, dotadas de un carácter religioso, como se muestra en el hecho de que casi todas nacían bajo la advocación de un santo, patrono de la misma: S. José de los carpinteros, Santa Magdalena de los perfumistas, S. Eloy de los herreros y orfebres, etc. A imitación de los gremios surgieron cofradías o hermandades, vinculadas a parroquias u otros templos, con tres fines primordiales: la devoción, la caridad y la penitencia. . El rasgo común de estas cofradías es el espíritu de fraternidad. Todos los miembros forman una familia a la que se deben asistencia y amistad. El socorro mutuo está reglamentado minuciosamente y aparte de procesiones y representaciones variadas de misterios sacros, desarrollan la caridad a través de limosnas o fundaciones benéficas. La necesidad social e individual de buscar la reconciliación con Dios a través de la penitencia, impulsa la fundación de numerosas organizaciones cuyo objetivo principal era la práctica colectiva de la disciplina pública, el autocastigo, la flagelación pública en los días centrales de la Semana Santa.

Las Cofradías en torno a la Pasión y Muerte de Cristo comienzan a desarrollarse en Europa y España a partir del siglo XIII, y quedarán completamente definidas en el siglo XVI. Hasta el siglo XIII prevalece la consideración de la divinidad sobre la humanidad en la Persona de Cristo. Ejemplo de esa consideración son los crucificados románicos donde se representa a Cristo vivo, Cristo Rey, Cristo vencedor sobre la muerte. A partir del siglo XIV, aproximadamente, se impone la consideración de la humanidad sobre la divinidad. Lo que se tiene en cuenta son los dolores físicos de Jesús de Nazaret.

La aparición de las cofradías pasionales fue un proceso lento que comprende muchos años, incluso más de un siglo. Entendemos por Cofradía de Semana Santa a una asociación de fieles, mayoritariamente laicos, que une dos elementos: en primer lugar, la contemplación de la Pasión y Muerte de Cristo; y en segundo lugar, la imitación de los dolores de Cristo en su Pasión, por medio de una penitencia pública, efectuada en cualquier día de Semana Santa.

Una serie de circunstancias inciden en el surgimiento de las Cofradías de Semana Santa:

-el desarrollo de la teología en torno a la Redención, cuyo punto de partida se halla en la obra de San Anselmo de Aosta (1033-1109). Este santo destaca los valores de la muerte de Cristo y el testimonio de amor que da a los hombres. De esta forma adquiere un gran protagonismo el hombre-Dios que ofrece un ejemplo a imitar.

-en el primer cuarto del siglo XII vive San Francisco de Asís, modelo de nuevo penitente, hombre muy cercano a la humanidad de Cristo, tanto en su nacimiento (es el primero en representar el Belén), como en su Pasión, que vive intensamente, pues sufre en su propia sangre las llagas de Cristo.

-desde mediados del siglo XIII se extiende por Europa el movimiento de los flagelantes, personas que practican una penitencia pública, el autocastigo, la flagelación en los días centrales de la Semana Santa.

-la obra de las Órdenes Mendicantes, especialmente de los franciscanos y de los dominicos, que fomentarán el culto a la Pasión. Los franciscanos, conservadores de los Santos Lugares de Jerusalén, traen las reliquias de la Vera Cruz y constituyen cofradías cuyo fin es el culto a la Verdadera Cruz. Prácticamente en los lugares donde había fundaciones franciscanas se constituyeron, desde fecha muy temprana, cofradías de la Vera Cruz. El dominico San Vicente Ferrer (1350-1419) predicó en Italia, Francia y gran parte de España, Valencia, Castilla-León, rodeado de una compañía de flagelantes, que introdujo en las tierras que recorría la práctica de la flagelación pública

Por tanto, las Cofradías de Semana Santa están plenamente configuradas a finales del siglo XV y principios del siglo XVI, encontrándonos varios tipos de actos penitenciales, algunos de los cuales, con ciertas modificaciones, han podido llegar hasta nuestros días:

-representaciones dramáticas de escenas de la pasión con una finalidad didáctica. Históricamente los autos de Pasión hunden sus raíces en la Edad Media y su fin era hacer más asequibles a los creyentes los dogmas de la religión. Serían una especie de catequesis que pudiera entrar por los sentidos. En el siglo XIII el Rey Alfonso X el Sabio anima en las Siete Partidas a hacer representaciones religiosas tanto del nacimiento, como de la resurrección. Ahora bien, el Rey Sabio, temeroso de los excesos que pudieran cometerse, recomienda que sólo se realizasen en ciudades donde hubiera arzobispos u obispos y no en aldeas o en lugares viles.

-desfiles penitenciales de hombres que afrontaban una dura penitencia para purificar su alma o como cumplimiento de una promesa. Estos desfiles pueden presentar numerosas variantes (disciplinantes, flagelantes, etc.) pero con una característica común: la flagelación del penitente que recibe azotes en su espalda.

-procesiones propiamente dichas. El origen de las procesiones lo encontramos también en la imposibilidad del pueblo de participar en una liturgia que no entendía porque se celebraba en latín. En principio las procesiones de Semana Santa se efectuaban sin pasos ni imágenes. Sólo un crucifijo o unas reliquias acompañaban a los penitentes en su recorrido visitando diversos lugares, algunos fuera del casco urbano de las ciudades. Posteriormente se introdujeron imágenes que salían en unas reducidas andas, portadas por 8 ó 10 hombres. Las hermandades que participaban en las procesiones estaban formadas por dos grupos de hermanos: los flagelantes, llamados también de sangre y los hermanos de luz. Los primeros fueron prohibidos en el siglo XVII y los segundos, que han llegado hasta nuestros días, deben su nombre a los cirios y luces que portaban.

En la Edad Moderna los acontecimientos que marcarán el destino de las Cofradías, serán la Reforma Protestante, el Concilio de Trento y la posterior Contrarreforma católica. La Iglesia, en una clara intención de combatir la doctrina protestante, fomentará el culto a las imágenes, con una doble intención: mostrar las imágenes como un símbolo propio de la ortodoxia católica y catequizar a un pueblo, mayoritariamente analfabeto. Comienzan a desarrollarse ahora los pasos escultóricos, escenas de la Pasión compuestas por imágenes talladas en madera, que eran transportadas a hombros en las procesiones. Los pasos suponían una alternativa a las escenificaciones y las autoridades eclesiásticas las impulsaron con el fin de eliminar las representaciones en vivo.

Será pues la época del barroco un tiempo de fundación de nuevas cofradías en todas las ciudades, unas de nueva creación, otras recuperando algunas existentes anteriormente. Se inicia una especie de competencia entre ellas para lograr un mayor impacto en las personas. Se compite en el colorido de los hábitos, en el lujo de los ornamentos, en el itinerario que deben seguir las procesiones, en la prioridad para desfilar un determinado día de la semana. Pero, sobre todo, se compite por conseguir unas imágenes procesionales que llamen poderosamente la atención. Es la época dorada de la imaginería española. Los escultores reciben encargos de las cofradías que sustituyen como clientes a la nobleza o incluso a la iglesia, afectadas por la crisis del siglo XVII. Es en estos momentos cuando se crea gran parte de la iconografía de la Pasión: Jesús Nazareno con la Cruz a cuestas, el Crucificado y el Santo Entierro son los pasos procesionales que con más frecuencia aparecen en los actos de Semana Santa. Dos escuelas predominarán en España. La castellana, con Gregorio Fernández como figura principal, será más realista, más austera y más dramática. Los pasos castellanos suelen estar formados por varias figuras escenificando momentos concretos de la Pasión. La escuela andaluza, tanto en su vertiente sevillana (Martínez Montañés) como granadina (Alonso Cano) es más idealista, más amable, menos dramática. En los pasos predominan figuras aisladas, sin recurrir a las escenas castellanas.

Ahora bien, en las celebraciones penitenciales de la época barroca se cometen, a veces, una serie de excesos, lo que llevaría a la Autoridad Eclesiástica a dictar normas para ajustar tales abusos e intentar reconducir por el camino de la piedad a las cofradías. En los sínodos de diversas diócesis como el de Plasencia de 1687, se dictan normas para regular los estatutos de las Cofradías y someterlas al control de la autoridad eclesiástica.

Los ilustrados del siglo XVIII no verán con buenos ojos determinadas prácticas religiosas populares, a las que consideran superficiales, externas, impropias de una auténtica piedad interior y próximas a la superstición. Esta nueva forma de plantear la religiosidad popular hará que los gobernantes y las autoridades religiosas (obispos influenciados por el denominado Jansenismo español) tomen medidas y dicten normas (en ocasiones escasamente respetadas) destinadas a fomentar la compostura, sin exageraciones, durante los desfiles procesionales. Una Real Cédula de Carlos III, inspirada por el obispo de Plasencia D. José González Laso, prohibía los disciplinantes, empalao y otras prácticas por considerarlas poco edificantes, crueles y aterradoras para los niños. En Salamanca, el obispo Távira redujo las procesiones a dos: la del Santo Entierro, el Viernes Santo, y la de Pascua, con Jesús Resucitado. .

Resulta evidente que los abusos y corruptelas eran ciertos y se tenía conciencia de ellos, aunque en modo alguno se consideraban índices de una degeneración. No siempre fueron obedecidas estas disposiciones, pero muchas cofradías se extinguieron y las procesiones de Semana Santa decayeron, sin llegar a desaparecer totalmente, pues la piedad popular estaba por encima de las cofradías e incluso de disposiciones políticas.

El siglo XIX, en términos generales, fue desfavorable para las celebraciones de Semana Santa. Comienza la centuria con la Guerra de la Independencia que supuso la interrupción de numerosas procesiones y el expolio del patrimonio de las Cofradías por parte de las tropas francesas. Por otro lado, las ideas liberales que comienzan a abrirse paso muestran su hostilidad hacia las cofradías, identificadas a veces con los gremios y, por lo tanto, consideradas como manifestaciones propias del antiguo régimen. Más

negativas fueron aún las consecuencias derivadas de las desamortizaciones. En virtud de las leyes desamortizadoras fueron suprimidos o clausurados numerosos conventos de religiosos que albergaban cofradías penitenciales. Estas cofradías se vieron obligadas a refugiarse en otros templos e incluso muchas de ellas, afectadas asimismo por las leyes desamortizadoras, llegaron a desaparecer.

A finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX hay un resurgir de las celebraciones de semana santa. Bien por intereses de las autoridades locales que vieron en las procesiones un reclamo para el turismo local, bien por la acción de comerciantes o industriales que ponen su entusiasmo, su tiempo y también su dinero en la refundación o creación de nuevas cofradías, o bien por el impulso de determinadas autoridades eclesiásticas, las procesiones de Semana Santa, como muestra religiosa y cultural, pasan a convertirse en un signo característico y propio de determinadas ciudades. La guerra civil de 1936 a 1939 truncó en muchos lugares ese resurgir y habrá que esperar a los años de posguerra para ver un nuevo impulso a la celebración de la Semana Santa, de acuerdo con las características del nuevo régimen surgido tras la contienda civil. Es muy importante el número de cofradías que tienen su origen en los años 40 igualando al de las antiguas. El ambiente se hace propicio para estas nuevas fundaciones o restauraciones en una Semana Santa que adquiere pomposo realce. En el impulso de las conmemoraciones pasionales se involucran la jerarquía eclesiástica y el poder civil: es frecuente observar la asistencia de autoridades civiles y militares a las procesiones ocupando lugares de preeminencia. Este incremento de procesiones continúa en los años posteriores fundándose nuevas cofradías en las que se observa una mayor incremento de la espiritualidad interna, de la vida activa durante todo el año, mayor dedicación a la catequesis y obras asistenciales, bajo el influjo renovador del Concilio Vaticano II.

Los cambios producidos en la mentalidad y en las costumbres sociales en las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI, han provocado modificaciones en la interpretación de la Semana Santa. El alejamiento de la práctica religiosa de parte de la sociedad trae como consecuencia el olvido del auténtico sentido que tuvo en sus orígenes la Semana Santa: rememorar la muerte y pasión de Cristo. Por esta razón, en numerosas ocasiones, la Semana Santa queda reducida a una celebración de procesiones donde predomina el carácter festivo-folklórico, y el sentido religioso es relegado a un segundo plano. Sin embargo, frente a esta tendencia, en muchos ámbitos la Semana Santa mantiene su auténtico espíritu y se procura, a través de los distintos pasos y procesiones, hacer un relato de los aspectos más significativos de la Pasión, desde la entrada de Jesús en Jerusalén hasta el Santo Entierro, pasando por la Oración en el Huerto, el Camino del Calvario, la Crucifixión, sin olvidar la presencia de María y los pasos de la Madre acompañando en el dolor a su Hijo.

Isidoro Fernández Millán